



¿Por qué celebramos el nacimiento de Jesús?



AÑO DE LA FE 2012-2013

Hace más de dos mil años tres reyes magos de Oriente partieron hacia Jerusalén al encuentro de un niño que estaba a punto de nacer. Ellos no conocían al recién nacido ni tampoco a los padres, pero sabían que aquel niño iba a ser el rey de los judíos. Llevaron consigo, con inmensa alegría, regalos dignos de tan importante acontecimiento. En cierto sentido hoy la realidad guarda alguna similitud con aquel momento histórico. Las calles se van vistiendo de fiesta, y sin

darnos cuenta, los regalos se van volviendo protagonistas de este tiempo. Los centros comerciales tienen el tiempo más fuerte de ventas del año, y la publicidad inunda todos los rincones de la ciudad invitándonos a tener un presente para cada uno de nuestros seres queridos. Ofrecer regalos en Navidad es una bonita costumbre, y nos ayuda a darle importancia a este tiempo. Muchas veces, sin embargo, olvidamos realmente quién es ese rey que le da sentido a la fiesta y por qué es tan importante celebrar su nacimiento, incluso dos mil años después de haber ocurrido. Por ello es bueno preguntarnos: ¿Por qué es importante celebrar el nacimiento de Jesús? ¿Qué relación tiene con mi vida personal y con la vida de la humanidad?

Siguiendo el signo de la estrella

Luego del pecado original la experiencia de dolor, ruptura y sufrimiento se hizo cotidiana, y el hombre clamaba a Dios por la salvación del pecado. En el gran marco de la historia de la salvación, el Pueblo de Israel fue elegido por Dios para ser destinatario de una promesa: Dios no dejaba solos a los hombres sino que los liberaría del pecado y de la muerte, les daría la salvación. Los profetas habían anunciado de muchas maneras que “Dios estaba cerca” y que pronto sería enviado un Salvador. Si bien los reyes magos no



pertenecían al pueblo judío, vieron en “una estrella” un signo del cumplimiento de aquellas profecías y decidieron ponerse en marcha.

Siguiendo la estrella los reyes encontraron la pobre aldea de Belén, donde vieron que otra promesa-signo se había cumplido: el Salvador anunciado por los profetas había nacido de una Virgen, cumpliendo así las palabras del profeta Isaías: «He ahí que una virgen está encinta y va a dar a luz un hijo»¹. El recién nacido no era un rey más del pueblo judío, sino que era el Salvador que Dios Padre había mandado para redimir a la humanidad. Era el Emmanuel, el «Dios con nosotros»², el Hijo del Padre que venía a la tierra para

«tenemos necesidad de amor, de significado y de esperanza, de un fundamento seguro, de un terreno sólido que nos ayude a vivir con un sentido auténtico también en la crisis, las oscuridades, las dificultades y los problemas cotidianos»

reconciliar a los hombres con Dios. Era algo inaudito, pues Dios, el Todopoderoso y Eterno, a quien nadie podía ver, se hizo uno de nosotros, asumiendo la fragilidad y debilidad de la condición humana en todo menos en el pecado.

En Belén, hace dos mil años, ocurría así algo que superaba cualquier expectativa, algo que iba más allá de lo que cualquier profeta, maestro o rey de las innumerables culturas y pueblos podía imaginar: Dios se hacía presente en el mundo por medio de su Hijo. Quizás

no siempre somos capaces de dar a este acontecimiento toda la importancia que tiene para nuestra propia felicidad. Dios es “Alguien” que no sólo todo lo puede y todo lo sabe, sino que ha salido a nuestro encuentro por amor. Él nos conoce plenamente de manera personal y es Alguien

con quien nos podemos relacionar y entablar una amistad real. Dios se hizo hombre para reconciliarnos y mostrarnos quiénes somos realmente. Él se encarnó por todos y cada uno de nosotros. ¿Cómo responder a este inmenso regalo que Dios nos hace? ¿Cómo responder a este don?

Creer en Dios y creerle a Dios

No es difícil constatar que estamos en un mundo donde hay constantemente grandes progresos tecnológicos y científicos. Esto nos podría llevar a pensar que el mundo progresa para bien. La medicina, los medios de comunicación, las posibilidades económicas, ofrecerían una cierta seguridad ante el futuro. Sin embargo, junto a ello descubrimos también que se nos puede hacer cada vez más difícil creer en lo que no vemos, en lo que no podemos medir y constatar por medio de los sentidos. Por otra parte, en no pocas situaciones los mismos “progresos” logrados muestran sus límites y carencias. Crece así en nosotros una cierta insatisfacción que nos lleva a constatar que en esos progresos materiales no están todas las respuestas. En el fondo de nuestros corazones nos damos cuenta de que no podemos vivir sólo de las cosas materiales sino que «tenemos necesidad de amor, de significado y de esperanza, de un fundamento seguro, de un terreno sólido que nos ayude a vivir con un sentido auténtico también en la crisis, las oscuridades, las dificultades y los problemas cotidianos»³.

Eso fue lo que descubrió y vivió la Virgen en Nazaret. Su apertura a Dios hizo posible que el Señor Jesús se encarnara para vivir, morir y resucitar por nosotros. Ella no sólo creyó en Dios, sino que también le creyó a Dios, y por eso no dudó en pronunciar aquel “Hágase en mí según tu Palabra” que dio paso a nuestra

salvación. La Madre nos enseñó así que también nosotros debemos vivir «un confiado entregarse a un “Tú” que es Dios, quien me da una certeza distinta, pero no menos sólida que la que me llega del cálculo exacto o de la ciencia»⁴.

Santa María cree en Dios no porque necesita inventarse algo para explicar lo que no entiende. Cree porque, en apertura a la gracia divina, reconoce a Dios como fundamento último de toda su vida, reconoce a Dios que es Amor y que «no puede engañarse ni engañarnos»⁵. Ella tiene la certeza de que Dios existe y que ama a los suyos, y que Él obra para salvar a la humanidad. La Virgen María nos enseña que la fe no es una irracionalidad o un absurdo, sino una respuesta a Alguien. Es una respuesta a Dios que quiere caminar junto a nosotros, encontrarse cara a cara con nosotros, para conducirnos al encuentro pleno y definitivo con Él. Nuestra fe no es creencia en una deidad abstracta, sino es fe en Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, que se entregó por nosotros los hombres para nuestra salvación.

Mi respuesta de fe en el Señor Jesús

Podemos ver en Santa María la manera de responder al inmerecido regalo que Dios nos dio. Ella es la mujer de la fe viva que se vuelve un “Hágase” amoroso. Nuestra Madre nos enseña que la fe es un «acto con el que me confío libremente a un Dios que es Padre y me ama; es adhesión a un “Tú” que me dona esperanza y confianza»⁶. Ese amor de Dios por cada uno de nosotros se manifiesta de modo privilegiado a lo largo de toda la vida de Jesús. De hecho, «Dios ha revelado que su amor hacia el hombre, hacia cada uno de nosotros, es sin medida: en la Cruz, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, nos muestra en el modo más luminoso hasta qué punto llega

este amor, hasta el don de sí mismo, hasta el sacrificio total»⁷.

A pesar de que los reyes magos visitaran el portal de Belén hace más de dos mil años, y por tanto no podemos saber cómo se sintieron ni cómo se habrán maravillado, sí sabemos que seguimos recordando aquel día maravilloso, aquel día de salvación en el que nació nuestro Reconciliador. El hombre recibió del Padre el mejor de los regalos: a su Hijo unigénito para que sea su auténtico amigo. Ese día, el Padre nos regaló a Jesús.

¿Cómo responder a este inmenso don? Ciertamente la fe es la respuesta que el hombre está invitado a dar al don recibido. Creemos que Dios se hizo hombre por nuestra salvación. Nuestra fe, sin embargo, no puede ser una fe pasiva o tímida. La fe con la que debemos responder al inmenso regalo del Padre nos lleva a entregarnos a Dios amándolo con todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas. Por ello parte fundamental de esa respuesta supone conocer lo que Dios ha hecho por nosotros, atesorar como lo hizo Santa María todas aquellas maravillas con las que Dios nos ha ido bendiciendo a lo largo del tiempo. Nada de esto será suficiente, sin embargo, si en esa entrega no hacemos vida el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones. La respuesta de fe nos lleva a la entrega amorosa, a amar a Dios y a nuestros hermanos como Jesús nos ha amado.

¿Por qué es necesario creer en Jesús? Porque en Jesús es Dios mismo quien sale a nuestro encuentro para reconciliarnos. Creer en Jesucristo es «el camino para poder llegar de

«La Virgen María nos enseña que la fe no es una irracionalidad o un absurdo, sino una respuesta a Alguien.»

modo definitivo a la salvación»⁸. Creemos en Él porque es el «único Salvador del mundo»⁹, y por eso en Jesús nuestros sufrimientos y alegrías, nuestras tristezas y gozos, nuestros anhelos y esperanzas, son escuchados y encuentran sentido definitivo. El Apóstol San Pablo nos da un testimonio de lo que significa creer en Jesús, de haber hecho de Él el centro de la propia vida: «Esta vida que vivo en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha entregado Él mismo por mí» (*Gal 2,20*).

GUÍA PARA LA ORACIÓN

1. Invocación inicial:
En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.
2. Preparación:
 - a. Acto de fe en la presencia de Dios.
 - b. Acto de esperanza en la misericordia de Dios.
 - c. Acto de amor al Señor Jesús y a Santa María.
3. Cuerpo:
 - a. Mente:
 - Medito en el en sí del texto.
 - Medito en el en sí-en mí del texto.
 - b. Corazón:
 - Elevo una plegaria buscando adherirme cordialmente a aquello que he descubierto con la mente y abriéndole mi corazón al Señor.
 - c. Acción:
 - Resoluciones concretas.
4. Conclusión:
 - Breve acto de agradecimiento y súplica: al Señor Jesús y a Santa María.
 - Rezo de la Salve u otra oración mariana.
5. Invocación final:
En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Qué tan consiente eres de lo que celebramos en el tiempo de Navidad?
2. ¿Qué significa en tu vida el que Dios se haya hecho hombre para salvarte?
3. ¿Quién es el Señor Jesús en tu vida de fe?
4. ¿Crees en Dios, a Dios y lo que Dios te dice?

CITAS

¹ *Is 7,14*.

² *Mt 1,23*.

³ Benedicto XVI, *Audiencia general*, 24/10/2012.

⁴ Benedicto XVI, *Audiencia general*, 24/10/2012.

⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 156.

⁶ Benedicto XVI, *Audiencia general*, 24/10/2012.

⁷ Benedicto XVI, *Audiencia general*, 24/10/2012.

⁸ Benedicto XVI, *Porta fidei*, 3.

⁹ Benedicto XVI, *Porta fidei*, 6.

CITAS PARA LA ORACIÓN

La señal del Mesías: *Is 7,14; Mt 1,23*.

El Hágase de María: *Lc 1,26-38; Mt 5,14,16*.

Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida: *Jn 14,16*.

Tiempo de Navidad: *Lc 1; Mt 2*.

La fe en Jesucristo: *Jn 6,29; 14,1; Hch 2,36; 2Tim 1,12; Gal 2,20; 1Jn 3,23*.